



CAPÍTULO X

Continúa la hoja de servicios de D. Jacobo

EL viejo del rancho de las Vírgenes, como recordará el lector, había juzgado propicio el temporal porque estaba seguro de que no lo inquietarían durante la noche.

María y Rosario continuaban haciendo sus preparativos de marcha, y Pepe y Rafael no habían vuelto del campo.

Por lo que respecta á la guerrilla de Capistrán, debemos decir algunas palabras.

Capistrán no se llamaba Capistrán;

tenía otro nombre que había juzgado prudente hacer olvidar.

Capistrán no luchaba precisamente por la patria, por más que la patria se empeñara en contarle en el número de sus fieles servidores, merced á los registros oficiales del ministro de la guerra.

Capistrán se había acogido á la gracia de indulto ó la gracia de la revolución, que es lo mismo.

Su vida pasada había llegado á ponerle en este predicamento:

Ahorcado ó liberal.

Por lo visto no vaciló y defendió la libertad.

El gobierno lo admitió como *ficha* por no verlo convertirse en su contrario.

Esta es una de las gloriosas transacciones de la guerra civil.

Capistrán pasó de reo á héroe y de-

cía muy ufano y muy para sí: «mi vida está en la bola», y procuraba á toda costa que esta bola de fuego y sangre fuese la bola de nieve, quiere decir, que fuera creciendo.

Sus aliados lo conocían y él conocía á sus aliados; el delito común es un lazo tan fuerte como el peligro común.

Esta es la fuerza moral de la guerrilla.

Tristemente hay algo que sustituye al patriotismo y á la subordinación, y es el remordimiento.

La salvación de un sentenciado está envuelta en estas palabras: «triunfar, sobreponerse».

¿De quién? ¿de qué? ¿por qué? No importa: vencer no importa á quién; matar, aterrorizar, sobreponere, este es el valor del cobarde.

A este valor debe México un raudal de lágrimas.

Capistrán y los suyos eran ese monstruo que se llama guerrilla y que renace á las primeras tempestades revolucionarias como esos insectos que salen de su caracol á las primeras aguas.

Lo que en Capistrán no se atevería á llamar hoja de servicios ni la misma revolución, era un conjunto tal de crímenes asquerosos que horrorizaba.

Después de estos ligeros apuntes biográficos sigamos á Capistrán la noche de la tempestad.

La guerrilla había encumbrado el monte, huyendo del fondo de las barrancas y de las vertientes impetuosas de las partes bajas de la serranía.

Aquella tarde ostentaba toda su pompa salvaje la tempestad de Otoño.

Después de los primeros aguaceros, el cielo pareció tomar aliento para emprender de nuevo una terrible lucha.

Jirones azules aparecieron algunas

veces, y en esos jirones alguna nubecilla tornasolada por el sol poniente; pero bien pronto otras nubes gruesas pesadas y pardas, se precipitaban con violencia para cubrir esos intersticios azules, mengua del furor de la tormenta

Pielagos cenicientos é inconmensurables quedaban en los horizontes como reserva de aquellas nubes monstruosas y negras que barrían las montañas en tropel gigantesco.

Destacándose en uno de esos fondos plumizos, se dibujaban por intervalos las siluetas de la guerrilla: no se sabía si eran los perfiles de *peñas cargadas* ó de formaciones basálticas, ó nubes desgajadas y rotas por el huracán aquellos erizamientos de la montaña.

Los relámpagos determinaban cambiantes cárdenos azulosos y violados

en el fondo, y las siluetas aparecían entonces negras como un arbolado.

No se distinguía el movimiento de Capistrán y los suyos, porque el rápido movimiento de las nubes desvanecía.

A poco una nube parda se arrastró sobre la loma y confundió el perfil fundiendo el cielo con la tierra; después se perdió todo; había sólo ante la vista esa pesada transparencia que precede en un léjos al chubasco.

En seguida el espacio fué blanco, era una inmensa cascada de granizo....

Acerquémonos.

Capistrán va por delante, su caballo echa sangre por la boca y las narices y sus ojos parecen saltar de sus órbitas, porque enseña esa línea blanca que da á los caballos un aspecto salvaje.

Capistrán, en vez de calarse hasta las cejas su gran sombrero, lo lleva

echado hácia atrás y recibe la lluvia en la cara y lleva algunos granizos detenidos en sus negros cabellos.

Capistrán no tiembla, ruge.

Es una fiera que ante la muerte y ante el rayo, grita.

Llama á la ira en socorro de su terror.

A cada trueno se oye una blasfemia de Capistrán.

El rayo arranca por todas partes una oración: á Capistrán le arranca un aullido. Aquel aullido era la más sublime expresión del miedo.

Pero el miedo de Capistrán era el miedo de los valientes, quiere decir, el miedo de tener miedo.

Las nubes de aquella borrasca habían revuelto las nubes de la conciencia de Capistrán y al rayo del cielo oponía Capistrán el reto del réprobo.

Aquella monstruosidad trasmitió sus

reflejos á los otros ginetes y brotó un coro de maldiciones, y cada uno de ellos se decía á sí mismo:

«Aquí es donde para no parecer cobarde se necesita gritar», y sus formidables gritos se ahogaban en el estallido de un rayo ó en el mugido de las torrentes.

Cada cual pensaba que Capistrán debía mandar hacer alto, los caballos iban á perderse, ya dos iban mancos y casi todos heridos por los espinos y raspados en los despeñaderos; pero ningún ginete se atrevía á quedarse atrás ni á objetar, ni á murmurar con su compañero.

Capistrán sabía que lo maldecían interiormente, pero se gozaba en el abuso de su autoridad y le parecía que *estaba probando á los muchachos*, como él llamaba á su tropa.

En los primeros momentos de la

tempestad reinó la animación en la guerrilla al aspirar hombres y bestias ese vivificador aroma que se desprende de la tierra al empezar la lluvia.

Después el terror se apoderó de los espíritus por un momento.

En este momento Capistrán arrojó una maldición, gritó, azuzó su caballo y dijo á sus compañeros:

—Adelante, muchachos, y que nadie se *raje!*

Los muchachos entraron al periodo de excitación á que los condujo Capistrán.

Después de este periodo vendría el desaliento, el cansancio, acabaría todo vigor hasta en Capistrán, y al fin la Naturaleza desencadenada triunfaría de aquellos seres débiles.

Parecía que todos presentían por intuición la proximidad de este periodo y se daban prisa.

Un momento más, y la guerrilla hubiera acampado en una cueva próxima; pero un relámpago dibujó á los piés de los caballos como un lago azulado, con fajas de plata, con arrecifes negros y una nave en el centro.

Era el valle con sus arroyos, sus arboledas y su casita; la casita del rancho de las Vírgenes.

Aquella casa blanca tuvo un hilo eléctrico para cada ginete y produjo en la guerrilla una sobrescitación.

Don Jacobo Baca era el único á quien algunos rayos le habían arrancado estas palabras:

«Señor Dios que nos dejaste.....»

Ó bien:

«Glorifica mi alma al Señor y mi.....»

Pero Capistrán, ó el vecino más inmediato se encargaba de cortar con una interjección enérgica aquella oración rudimentaria que se volvía á tragar don Jacobo.

Don Jacobo pensó, al ver la casa blanca, que iba á comer y á dormir.

Otros compañeros pensaron que iban á *habilitarse*.

Los más inmediatos á Capistrán, que iba á haber zambra.

Y Capistrán que iba á hacer una de las suyas. Descendía la guerrilla al valle cuando ya la noche había cerrado completamente.

Capistrán moderó el paso y á poco dió resuello á los caballos y dijo con voz ronca:

—Ya no griten

Siguieron el camino y á poco hizo alto Capistrán.

Echó pie á tierra y dijo muy bajo:

—Compónganse; y arregló la silla de su caballo, lo cinchó de nuevo, se bajó el sombrero y quitó los botones de las fundas de las pistolas y el del carcax en que llevaba el spencer, y

aflojó la espada del ajuste de la empuñadura en la vaina.

Estas precauciones no fueron secundadas del todo entre los demás jinetes, pues algunos se redujeron á imitar el movimiento y á estirar las piernas, desentendiéndose de esos detalles precisos é interesantes.



CAPÍTULO XI

El rancho de las vírgenes.—Rápidos progresos
de D. Jacobo

TRASCURRIÓ un largo espacio de tiempo en medio de un silencio terrible.

La lluvia había calmado, y la tempestad recorría en lejanas distancias el espacio.

La guerrilla desfilaba entre las malezas, sin hacer ruido: parecía una gran serpiente negra que se arrastraba acechando la casita blanca.

En el interior de esta casita se oía el animado diálogo de Rosario y Ma-